



En medio de un mundo permeado por el miedo y la desesperanza, nuestras palabras y acciones como cristianos están llamadas a cargar con el peso de ser testimonios que, como *provocación profética*, compartan la esperanza posible de un porvenir global que se esfuerce y luche por restaurar la reconciliación entre todas las culturas y religiones del mundo.

Hoy en día, son muchos los que claman desesperadamente como Qóhelet: «*Vanidad de vanidades, todo es vanidad*» (Qo 1,2). Clamor que, como cristianos, estamos llamados a escuchar para procurar alcanzar un reposo verdadero y auténtico, honesto y feliz, en nuevos signos que eleven la esperanza de nuestros hermanos y hermanas.

El sinsabor y el espanto ante el porvenir, la apatía ante la formación cultural y la profesionalización, el crecimiento de rasgos de deshumanización en la práctica continua de la discriminación político ideológica, y la desestructuración institucional y democrática de muchos países, claman de modo urgente ante la comunidad de seguidores del Mesías (Hech 11,26ss), reconocido con aquél título cristológico que puso en riesgo la vida de tantos creyentes que confesaron a Jesús como su único *Señor*, frente a tantos otros señores y amos poderosos de este mundo.

La pesadumbre de la lamentación que reza: «*entregué mi corazón al desaliento, por todos mis fatigosos afanes bajo el sol*» (Qo 2,20), no debería vencernos. Las palabras que pronunciamos han de aprender, entre agobios y lágrimas, a ser el llamado de tantos de nosotros y a ser la voz y mediación históricas de nuestros hermanos, los más pobres y olvidados, para que podamos comenzar a reconocer que sí hay signos en nuestro tiempo capaces de expresar el anhelo cierto por restaurar la auténtica fraternidad en la sociedad, y así inspirar una verdadera esperanza en el futuro.

Deseamos no tener que gritar algún día: «*¿qué ganancia tiene el hombre en todas las fatigas con que se afana bajo el sol?*» (Qo 1,3). Para ello, todos estamos llamados a hacernos cargo del compromiso de esta historia que vivimos a fin de medir la altura de nuestra humanidad por la verdad del servicio fraterno que prestamos día a día, tanto con la vida, como con las palabras.

La fe de los creyentes no es genérica ni abstracta; menos aún puede ser acomodaticia, servil. Como lo recuerda la *Gaudium et Spes* en el Concilio Vaticano II, nuestra «fe lo ilumina todo con una nueva luz y manifiesta el divino propósito sobre la vocación integral del hombre, y por eso dirige la inteligencia hacia soluciones plenamente humanas» (GS 11), es decir, verdaderamente fraternas.

No podemos caer en aquello que el escritor alemán Max Picard sj denominó: *Zusammenhangslosigkeit*, esto es una especie de pérdida de nuestra capacidad de vincularnos con los acontecimientos irracionales que van sucediendo en la sociedad, como fruto de un proceso de ideologización de la realidad que termina por convertir a la fe en algo meramente *instrumental* y *acomodaticio*, antes que *constitutivo* y siempre *contracultural*. ¿Será que bajo la supuesta expresión del miedo a levantar nuestras voces, escondemos, más bien, la pérdida de toda capacidad de asombro frente a lo absurdo de las situaciones que van ocurriendo en nuestro entorno, llegando a percibir las como normales

